

Dimensión espacio-temporal y narratología

La problématique métaphysique du temps et de l'espace, remonte à l'histoire des origines, en tant que dimension rythmée et sacrée de l'univers cosmique.

La détermination du temps historique, dans les sociétés contemporaines postindustrielles, obéit à une nouvelle conception matérialiste et technologique du monde, dramatique et violente de l'être, en tant qu'instrument de mesure. Cependant, l'histoire du temps et de l'espace, repose sur une tension dialectique tridimensionnelle et multiple qui sous-tend, esthétiquement, le roman latino-américain. Ce sont là, quelques aspects essentiels que nous tenterions d'analyser dans notre exposé.

La temática del tiempo y el espacio, en el análisis social, cultural, metafísico, físico y narratológico, adquiere una compleja dimensión dialéctica que gravita alrededor de las percepciones intuitivas, estéticas e intelectuales del universo comogónico, partiendo de las experiencias sociales y culturalmente humanas.

El espacio y el tiempo, como dimensiones interdependientes, poseen una realidad objetiva en movimiento, es decir, ambas categorías cobran una importancia fundamental en la estructuración de nuestro universo mental, cultural, material, intelectual y espiritual.

En la fenomenología kantiana, el espacio y el tiempo aparecen como "condiciones subjetivas de la intuición sensible" (1), o sea, categorías que se dan a través de las sensaciones humanas. La conciencia del universo sensible se plasma en una determinada contemplación existencial de nuestro ser. Según Newton, predomina un tiempo absoluto que se

deduce de una concepción matemática, sin relación alguna fuera de su esencia primordial. Para él, el tiempo relativo es una medida variable en relación a su duración, en orden sucesivo, que caracteriza los acontecimientos sociales e históricos verificables y codificables.

En su concepción filosófica y científica, Averroes (S.XII) considera el tiempo como “medida del cambio, y es, en cierto modo un accidente del movimiento”(2). Este enfoque dialéctico inaugura una verdadera revolución en el pensamiento clásico pre-renacentista del mundo occidental, en cuanto a la importancia vital que desempeña el tiempo y, por ende, el espacio en los procesos de transformación de las sociedades humanas. El mismo John Locke, en su Ensayo sobre el entendimiento humano (3), partía de esta perspectiva dinámica de continuidad de discontinuidades, donde tanto el tiempo como el espacio son fundamentales para la computación de un movimiento o proceso.

Esta reflexión acerca de la bidimensionalidad del concepto espacio-temporal, parte de la tesis aristotélica sobre el sistema geocéntrico, llevado a su máxima exposición por el filósofo andalusí, Averroes, para el cual la gravitación de los cuerpos celestes depende del “Impulso Inicial” que actúa como “Primer Motor” cosmogónico, absoluto y trascendental. Esta misma teoría aristotélico-averroísta se adueña del universo metafísico de la Europa re-nacentista para exponer la idea del tiempo, partiendo del concepto “impulso inicial”, como origen movedor de los cuerpos universales.

A partir de esta concepción filosófica y metafísica, se perfilan dos tendencias antagónicas que ahondaron sus contradicciones entre “idealistas” y “materialistas”, es decir, entre el pensamiento subjetivista que considera el tiempo y el espacio como “complejos de sensaciones” o formas intuitivas de contemplación humana, según la corriente kantiana, y la tendencia dialéctica que reconoce la existencia de tales categorías en tanto que realidades objetivas. Para unos, se trata de una dimensión metafísica, pura intuición de los sentidos humanos; para otros, el tiempo y el espacio tienen una existencia objetiva, independientemente de nuestra conciencia.

Lo que varía, fundamentalmente, es el método de abordaje y la perspectiva de focalización objetivo-subjetiva, o sea, entre el materialismo dialéctico y el idealismo que el filósofo cordobés, Averroes, intentaba salvaguardar y armonizar con su teoría de la “Doble verdad” –como apunta Carlos Vossler-, “Exigencia de la historia del espíritu del mundo medieval, tanto en el Islam como en el Cristianismo”(4) . la visión newtoniana del tiempo y del espacio admitía esta doble interpretación acerca de una temporalidad absoluta, trascendental y la existencia de un orden temporal relativo , aritmético y socialmente mesurable, pero sin alejarse de la teoría clásica del “impulso inicial” en cuanto que causa o motor del movimiento universal de todos los cuerpos.

Estas aproximaciones teoréticas sobre la importancia y la complejidad fenomenológica del tiempo y el espacio, se centraba alrededor de ciertas cuestiones metafísicas y científicas que se planteaban y siguen, todavía, de actualidad en el campo gnoseológico, en busca de “circunstancias” temporales ideales que se oponen al “sinteticismo” mecánico, reductor de un “tiempo globalizado”, negador de la existencia multifacética de otros segmentos temporales posibles.

En esta perspectiva axial sobre la noción de estantaneidad temporal, Octavio Paz advierte que “el tiempo de la técnica es, por una parte, ruptura de los ritmos cósmicos de las viejas civilizaciones, por otra, aceleración y, a la postre, cancelación del tiempo cronométrico moderno”(5) , reduciéndolo a un cociente de un instante donde se condensan el presente-futuro sin memoria narrada de un pasado. Esta ambigüedad temporal que oscila o sitúa a la humanidad entre dos universos dantescos: el espectáculo que nos ofrece la naturaleza como poeticidad y el progreso como proyección y realización del ser como empresa aventurera en sí misma.

En el curso de su evolución histórica, el ser humano se ha visto atraído y sorprendido por las revoluciones cósmicas del sol, de la luna, de los fenómenos sucesivos de la noche, del día, del flujo y reflujo de la marea, además de la invención física del movimiento pendular, el motor de combustión interna, la rotación circular del reloj para determinar la temporalidad

social, el lenguaje artificial computacional, y “el mercado de tiempos globalizados”, como espacios integradores, reductores y devoradores de los ritmos naturales y originales. Asistimos a la conspiración dramática del tiempo de la técnica del instante contra los tiempos mitológicos de las viejas civilizaciones universales y contra el monopolio de la “memoria colectiva” reducida por la civilización occidental, en una ecuación, geoméricamente rectilínea, donde sólo emperan las distancias temporales de las sociedades contemporáneas.

El tiempo, en este contexto, se concibe en un orden de continuidad sucesiva y progresiva y el espacio se inscribe en una dimensión situacional. Todo proceso dialéctico se caracteriza por su aparición, formación y transformación y se determina por su proceso de duración, es decir, por la magnitud relativa de los hechos materiales y de su trascendencia metafísica. Para Emilio de Mattei, siguiendo a Martín Heidegger, “el tiempo, lo temporal, pues, es pertenencia del ente biológico, y que, desde luego, se traslada en parte al ontos, a lo antológico”(6), en su tentativa de liberación de lo temporal para espaciarse y proyectarse hacia el futuro, como seguridad redentora, y el pasado en tanto que dimensión auténtica de lo sagrado ante un presente profano, existencialmente, inauténtico del ahora que se contrapone, a su vez, al instante fundacional de la creación. Por ende, el presente se expresa, también, mediante un punto constitutivamente interactivo entre el pasado y el futuro, moviéndose en una dirección tanto cíclica como progresiva.

La filosofía existencialista se había inclinado, también, sobre el conflicto dramático entre el yo y el no yo, o sea, la angustia metafísica y la metamorfosis del mundo destructurante. A este estadio cabe formular la siguiente pregunta, de orden abstracto, ¿sería, acaso, la temporalidad un espejo refractante de nuestra potencia de percepción y re-estructuración del mundo existente y por venir?

Partiendo de la teoría historicista de Delthy, en lo que se refiere al ser social, como unidad y totalidad, descansa sobre la reducción de “las impresiones producidas por la naturaleza exterior a las relaciones abstractas del tiempo, espacio, masa y movimiento”(7), que se someten a las leyes de la naturaleza y reestablecer, a lo ibntufayliano, la relación vivida,

experimentada con su propia realidad histórico-social y humana, re-integrándose a su universo sagrado y profano.

La dialéctica temporal de la ficción

A la concepción historicista o positivista de una temporalidad unidimensional y monodireccional, se le integra un proceso, poderosamente, desintegrador y subversivo de los estratos temporales re-generadores de un universo artístico y estéticamente fantástico, mágico y crítico de la narrativa latinoamericana. En el curso del proceso de elaboración artística, el tratamiento temporal adquiere una importancia capital y audaz, en cuanto a la estructuración de un lenguaje, de una cultura y de la aventura inventiva de un tiempo narrativo múltiple e instantáneo. Lejos de la teranía de una “temporalidad mecánica”, donde se confunde el “tiempo real” con el “tiempo relativo”, humano, y el intuicionismo como forma de percepción y representación.

La literatura latinoamericana moderna ensaya y experimenta, incesantemente, una cultura de la temporalidad, espacial y simultáneamente compartida y sentida, como un hecho fantásticamente vivencial de la memoria.

Toda creación literaria, de envergadura universal, se convierte, en sí misma, en un espacio intensamente mágico, trágico, surrealista y, majestuosamente, estructurado a partir de una memoria que actúa como potencia sintetizadora de una experiencia histórica, cultural, estética, espiritual y social. Esta experiencia vital y total de una instancia metafísica e intelectual se nutre de un pasado, de una mitología, de una creencia, de una nostalgia, de una imaginación y de un deseo, como afirma Octavio Paz, “Ese lenguaje y esos mitos eran inseparables de la imagen de cada civilización”(8), el mito re-aparece cuando la razón de la sinrazón se agota en su proyecto histórico dominante y, en último estado, interviene como alternativa fantástica, reactualizadora de una temporalidad de los orígenes, donde (presente, pasado y futuro), no son más que estados de conciencia que tiende a expandirse, en este caso particular, no más allá, de las fronteras del reino artístico, estético, cultural, espiritual e intelectual.

En esta exposición preliminar no nos es ajeno analizar y comentar los enormes estudios que se han realizado al respecto para enfocar la “gramaticalidad” o el “juego algebraico”, que se presupone la fenomenología temporal, partiendo de las tesis de Benveniste, Weinrich, Genette y otros teorizantes sobre las técnicas aplicables a los métodos discursivos y narrativos que pertenecen al orden interior de una “obra de arte”, como suele decir Umberto Eco, al distinguir entre el tiempo de la expresión y el tiempo del contenido, extiéndolos, por excelencia, a la poesía, la pintura, la cinematografía y la música.

Cabe decir que tanto el tiempo como el espacio no son ni categorías homogéneas ni formas determinadas, pero determinantes relativos de nuestro quehacer intelectual, histórico y espiritual. La reversibilidad temporal se inscribe en una parábola circular, espiral, progresiva y eterna que, a veces, se condensan en una unidad de expresión intuitiva, incluyendo las temporalidades mitológicas universales. El tiempo cíclico o mitológico de la cultura precolombina, se relaciona con la negación histórica de lo acontecido como fenómeno de una temporalidad arbitraria.

La concepción espacial y temporal latinoamericana replantea, críticamente, la problemática del sincretismo histórico-cultural y va más allá del transcurso temporal y geográfico, en un intento de comprensión del mundo, como totalidad de la vida, tanto la religiosa como la profana. La visión dualista, inherente a la filosofía precolombina, se fundamenta en la tensión de los contrarios entre el mito celeste del Quetzalcóatl y el mito Náhuatl de Coatlicue que simbolizan lo mundano, subterráneo, irreal, barroco y mágico. A partir de esta contradicción se restaura el orden mediante la reanudación cíclica de la vida cosmogónica, pero que reintegra el tiempo original que nunca se agota ni se cierra, tampoco sería el tiempo del “eterno retorno” nietzscheano.

El mito, como armonización de los contrarios, se recrea y alimenta, constantemente, de la imaginación y la fantasía, ingredientes que subyacen a las ideas-mágico-mítico-religiosas-, que se relacionan con la realidad de un hecho histórico, cultural, espiritual y social del universo latinoamericano.

A juicio de Carlos Fuentes, “Todo es presente: el instante que vivimos, se inició hace diez mil años, todos estos tiempos redescubiertos del occidente coincidieron con la recuperación del verdadero tiempo de la cultura latinoamericana, por Borges, Asturias y Carpentier; por Neruda, Vallejo y Paz; por Rulfo, Cortázar y García Márquez: tiempos en los que el presente contiene pasado y futuro, porque el presente es memoria y deseo”(9).

Prevalece el instante mítico de la memoria, atenta a las vibraciones inmateriales del alma humana, que se inclina a la atracción del deseo como proyección y realización futura del “ahora”. Todo se cumple simultáneamente y la mecánica de una temporalidad irreversible de los hechos históricos, desaparece del pensamiento mítico, en tanto que reactualización y superación del sentido trágico de lo humano.

Claro está, la música en tanto que percepción y armonización, causa y provoca, en nosotros, una armonía que trasciende los límites del tiempo sucesivo de simple estructura discursiva de que se autoproclama, triunfalmente, la modernidad occidental que se revela como una conciencia absoluta y dogmática.

La novela, como espacio artístico y estético, es una localización fantástica, un tiempo maravilloso y mágicamente mágico, reveladora y exploradora de otros tiempos silenciados o callados, pero resucitados. Se trata, pues, de una memoria donde se evocan las temporalidades, en una condensación vital, en cuanto que percepción de extrema potenciación, en la “refiguración del tiempo por la ficción y por la historia”, como señala Paul Ricoeur en su ensayo sobre “El tiempo contado”(10). La memoria se integra como núcleo de reconstrucción ficcional, apoderándose de la historia para transformarse en una crónica que se apoya en “Lo Real Maravilloso carpenteriano” a partir del cual se sincretiza la “historia”, como tal, convirtiéndose en una “ficción” donde se entremezclan ambas dimensiones temporales y espaciales.

La continuidad, como conciencia histórica, aparece atravesada por repeticiones y ritmos sacrales o mágicos que se sitúan en un plano metafísico y mitológico. Según Mircea

Eliade, “El tiempo sagrado es por su propia naturaleza reversible (sic), un tiempo mítico primordial hecho presente”(11). La problemática de lo sagrado y lo profano, en la narrativa latinoamericana contemporánea, se sitúa en una dialéctica subversiva que interroga a la historia, reduciéndola segmentalmente en una anécdota, es decir, un plano que se articula dentro de un imperio ficcional muy complejo.

Lo extraordinario de la metafísica narratológica, radica en la manipulación audaz y fantástica de las “categorías” espacio-temporales, como intuiciones, percepciones y vivencias maravillosas, tales como se plasman en los pasos perdidos (1953), de Alejo Carpentier; en Cien años de soledad (1967), Gabriel García Márquez; en Pedro Páramo(1955),de Juan Rulfo; en La muerte de Artemio Cruz (1962), de Carlos Fuentes y El Aleph (1971), de Jorge Luís Borges.

La problemática del tiempo y el espacio constituye uno de los elementos más revolucionarios de la novelística contemporánea latinoamericana. En ellos, laten estratos míticos y mágicos que actúan sobre una memoria fantástica que oscila entre un presente crítico y reflexivo que se transforma en un movimiento o experiencia artística.

El tiempo mítico o maravilloso se disuelve en la realidad ideal de lo humano y divino, interacción entre el tiempo histórico y el tiempo ficcional, universo indestructible de la palabra que se expande-como dice Victor Hugo en Nuestra-Dama de París, por “el espacio”, considerando el “tiempo” como “arquitecto” emprendedor (12) para la edificación previa de una obra de arte.

La búsqueda del tiempo de lo real-maravilloso, en la novelística latinoamericana, responde a una concepción tanto filosófica como estética, que descansa en el tratamiento crítico sobre la concepción clásica de una temporalidad empírica.

La concepción del tiempo parte de una dialéctica para trascender la problemática a-científica y pseudo-ideológica entre “civilización” y “cultura”, o sea, entre “desarrollo” y “subdesarrollo”, “enajenación” y “desajenación”, acudiendo e integrando a las dimensiones mítico-mágico-religiosas, de la

cultura sincretizada afro-hispanoamericana, que constituye una potencia fantástica de la narrativa latinoamericana. La aplicabilidad de la teoría de lo real maravilloso, al proceso ficcional, se basa en una búsqueda constante de todos los elementos constitutivos de la identidad mestiza del continente, espacio hacia donde convergen todos los planos estructurales de la temporalidad artística: los tiempos históricos, cíclicos, espirales y totales de un presente eterno, instantáneo y mágico. Todo transcurre relativa y simultáneamente, en varios segmentos de la ficción: lo singular y lo universal, el mito y la historia, lo objetivo y lo subjetivo, lo real y lo maravilloso y lo religioso y lo profano, es decir, esa percepción constante y contradictoria entre “ilusión óptica de la historia” y la “ilusión poética de la fábula” (13).

La temporalidad, en lo tocante a la ficción latinoamericana, adquiere, por tanto, una connotación compleja, ya que constituye un elemento fundamental en el procesamiento de la misma. Estas caracterizaciones aparecen determinadas por las formulaciones teóricas de Arnold Hauser, que deja constancia del concepto bergosiano que “sufrir una nueva interpretación, una intensificación y desviación. El acento se pone ahora sobre la simultaneidad de los contenidos de la conciencia, la inmanencia del pasado en el presente, el constante fluir juntos los diferentes períodos de tiempo, la fluidez amorfa de la experiencia interna, la infinitud de la corriente temporal en la cual es transformada el alma, la relatividad de espacio y tiempo”(14).

En esta corriente sintetizadora y condensatoria, propia de las tendencias herméticas, la concepción espacio-temporal y las técnicas de simultaneidad aparecen como dimensiones fundamentales en las técnicas narrativas de la literatura latinoamericana.

En esta perspectiva, el espacio y el tiempo son interdependientes e intercambiables y cumplen una función estética singular y universal. Su naturaleza se modifica y conforma con las exigencias intelectuales y filosóficas de una ficción- como observa Carlos Fuentes-, “Ese tiempo reclama un espacio que también es de la poesía”(15). Por cuanto, toda

poesía aparece como expresión o encarnación del “tiempo y escritura del espacio”, en tanto que metáfora de un instante, donde se cumple lo real maravilloso, un presente inmóvil y eterno, pero que obedece al fluir constante de un movimiento irreversible y trascendental, humano y divinamente deseado, a la vez. Como consecuencia de los cambios focalizadores sobre la temporalidad, se introduce el concepto de contemporaneidad de acontecimientos presentes, pasados y anticipados, es decir, las interferencias del contenido de conciencia distantes en una forma de expresión momentánea dada. Este experimentalismo incesante se remite a los procedimientos retrospectivos, las anticipaciones, los asaltos momentáneos de la conciencia, las inversiones de los planos temporales (encadenamiento, alternancia e intercalación), que obedecen a la estructura narrativa y a la capacidad artística de poder modificar o alterar una determinada perspectiva estética.

El concepto artístico y metafísico del tiempo cambia, según se trate del tiempo como estructura estética u ontológica, es decir, proyección y anticipación, necesariamente orientada hacia el futuro- presente-futuro-pasado, como direcciones que convergen hacia una misma percepción y representación ficcional. Esta última apela a un diálogo entre géneros, personajes, temporalidades, historias, geografías y contrastes físicos maravillosos, civilizaciones y culturas, donde se entremezclan la razón, como dimensión del sentido histórico del progreso técnico y tecnológico, por una parte y la imaginación, hija de la poética originaria de una mitología fundadora, por la otra.

La estructuración temporal, en el universo ficcional o narrativo, se centra en una convergencia plural de planos contemporáneos entre mito, epopeya y lírica. En *Sobre héroes y tumbas*, (1961), de Ernesto Sábato, lo sagrado y lo estético (armonía), conducen al redescubrimiento de una dimensión ideal perfectible que va más allá del drama humano; en *Pedro Páramo* (1955), de Juan Rulfo, tanto el tiempo como el espacio son inexistentes, sólo predomina un universo dantesco, absurdo y mágico; el tiempo se inmoviliza, se oyen, únicamente voces y murmullos de “almas en pena”. El tiempo es eterno, pero

renovador para poner orden al caos tercermundista, como aquel Macondo de la obra de Gabriel García Márquez, sacudido por el vendaval bíblico y condenado a cien años de soledad, remitiéndose al concepto de aislamiento. Tanto en Macondo como en Comala predomina la profecía y el flujo destructor de una temporalidad fantasmal e implacable. En *Los pasos perdidos* (1953), de Alejo Carpentier se reconoce la importancia de una temporalidad dialéctica en tanto que fugacidad instantánea de la misma, pero, también constituye un recurso maravilloso para viajar simultáneamente entre el pasado histórico y el futuro deseado, partiendo de un presente frágil e incierto, lo maravilloso-para Carlos Santander-, “Es siempre una modalidad de la actividad fantástica que según sea el sistema valorativo de la época, va siendo afectada por el contraste de los tiempos”.(15).

El tiempo maravilloso del presente, constituye un momento esencial a partir del cual se despliega nuestra conciencia reflexiva, expansionista y sintetizadora de una experiencia instantánea y total, del mundo objetivo y subjetivo, oscilación gravitatoria y estructurante de una temporalidad fragmentada, es decir, discontinuada y la idealidad de una visión del mundo, fuente de una proyección fantástica, capaz de imaginar, representar y de re-construir una nueva “realidad” humana. Se recurre a todos los sistemas intelectualizados, como actividad reflexiva sobre el tiempo y el espacio, en tanto que categorías artísticas y sociales. Se denota una actitud crítica que convierte la temporalidad en un vasto territorio, donde se replantean las cuestiones más importantes y desafiantes de la novela contemporánea.

El tratamiento espacio-temporal en la novelística latinoamericana, correspondiente al período “boomista”, ha conocido una de las más bellas y audaces experimentaciones intelectuales, con una connotación barroca, por no decir conceptualista por su densidad reflexiva y metafísica. En lo Real maravilloso americano, intervienen todas las intuiciones, sensaciones y percepciones sobre el tiempo psicológico, histórico, mítico y sagrado, condensándose en una “memoria” estructuradora del mundo fantástico e histórico de la novela

como “posibilidad de universalización para el escritor latinoamericano”(16). Lo mítico-mágico-religioso habría que situarlo en esta perspectiva de la naturaleza poderosa de la cultura humana ante una temporalidad ideológica de corte occidental. La articulación temporal entre el realismo maravilloso y lo histórico se establece en una relación sincretizada e incorporada, en su esencialidad, a una fundamentación dialéctica de la civilización universal. El deslinde entre “historia” y “ficción” no necesita puente alguno para trasladarse de una esfera a otra de lo real maravilloso, ya que ambas dimensiones gravitan alrededor de lo posible y lo imposible, de lo real a lo fantástico como proceso de continuidad histórica y fantástica, de lo singular a lo universal. para transformarla en una potencia de diálogo de civilizaciones de todas las edades, fuera de aquella concepción inquisitorial de un “falso concierto romántico”-

Como denota Alejo Carpentier-, “no puede ser presente esto que será ayer antes de que el hombre haya podido vivirlo y contemplarlo, no puede ser presente esta fría geometría sin estilo, donde todo se cansa y envejece a las pocas horas de haber nacido. Sólo creo ya en el presente de lo intacto; en el futuro de lo que se crea de cara a las luminarias del Génesis”(17).

El concepto, por tanto, de totalidad coexiste, en lo real maravilloso, como un espacio de libertad creativa que desconoce las fronteras de la imaginación artística de una nota musical del tiempo distendido y relajado de un “adagio”; del tiempo de un “Intermezzo” con una tonalidad baja, preludio de un viaje a través del tiempo. Tanto para Alejo Carpentier, Jorge Luis Borges como Carlos Fuentes, la música adquiere una importancia insospechable para explorar los impulsos y los estados del alma sobre la estructura novelística en tanto que partitura estructurante de lo real maravilloso, es decir, la percepción del universo como proceso mental. A partir de esta compleja orquestración de los tiempos múltiples, se armoniza la obra como estructura de una temporalidad verbal que busca su propio movimiento de expansión y transformación en un universo material, intelectual y espiritual, como escala de un proceso dialéctico de la propia madre-naturaleza, de la cual el “hombre de arcilla” descubre su cuerpo y toma conciencia de su

espacio-tiempo histórico, proyectándose, temporalmente, hacia una dirección mediata e inmediata.

El análisis de la temporalidad con su vertiente sociológica, se reduce a una expresión valorativa de “temporalización de (determinadas) estructuras sociales y la socialización de las estructuras temporales”(18), como señala Ramón Ramos-, en un análisis sociológico que no deja de ser atractivo e interesante. Sin embargo no se podría reducir una cuestión tan compleja a una ecuación económica basada en “relaciones entre estructuras sociales y configuraciones del devenir mismo”(19), que es difícilmente deslumbrante a través de las cuales se redescubren las distintas fases dramáticas y trágicas de la historia del mundo occidental.

La literatura contemporánea latinoamericana, por su parte, replantea constantemente la problemática de la temporalidad desde una perspectiva crítica, es decir, profetización temporal sobre las calamidades naturales y las “utopías de la técnica” que amenazan y destruyen otros espacios y otros posibles y múltiples tiempos paralelos y simultáneos. El intelectual, de nuestro tiempo, se interroga sobre la historicidad y las consecuencias derivadas de la vectorialidad amenazante de otros tiempos y espacios, alejándose, cada vez, de su órbita humana y ética.

En lo real maravilloso como en el realismo mágico se plasman todas las épocas y todas las edades culturales e históricas; todos los tiempos coexisten simultánea y contemporáneamente, reduciéndose esencialmente en un instante vital. La contemporaneidad radica en la proclamación de la singularidad del ser humano como experiencia vivencial, de trascendencia excepcional del “aquí” y el “ahora” de un instante o de una frecuencia musical que tiende a hacer desaparecer las anomalías provocadas por la desarmonización de la historia.

La introducción de la música hace más viva la “memoria” que se reconstruye de las frecuencias y de algunas notas sincretizadas para hacer desaparecer los desajustes dramáticos provocados por el tiempo histórico y privado, basándose en la objetivación de lo real y la búsqueda y re-

instauración del tiempo maravilloso para reconciliar los extremos de una contradicción histórica y recuperar el verdadero tiempo de la cultura humana y, por ende, conquistar para el futuro un Tiempo Fabuloso.

Notas:

(1) Hegel, obras, tomo II. , Sotsckguiz, 1934, p. 50. Ver, también, S. Meliujin, El problema de lo finito y lo infinito, Mexico, Ed.Grijalvo, 1960, p.171.

(2) Miguel Cruz Fernandez, Filosofía Hispanomusulmana, Madrid, Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, 1957, tomo II, p. 131.

(3) John Locke, Ensayos sobre el entendimiento humano, (traducción de Edmundo O' Gormán), México, FCE. , 1ª Ed., 1956, p.171.

(4) Carlos Vossler, España y Europa (obra póstuma), Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1951, p. 97.

(5) Octavio Paz, Los Signos en Rotación y otros Ensayos, Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp. 318-319.

(6) Emilio de Mattei, El Ser y el Espacio, Argentina, Ed. "La Mandragora", 1966, p.144.

(7) Nicolás Abbagnano, "dilthy: el concepto de la poesía", in Historia de la filosofía, (trad.de Juan Estelvich), la Habana, Instituto del libro, p.

(8) Octavio Paz, Op. cit. , p. 320.

(9) Carlos Fuentes, "El secreto de Didrot", Barcelona, Revista Quimera, 49 (1991), p. 56.

(10) Paul Ricoeur, "El tiempo contado", Madrid, Revista de Occidente, 76 (sept. 1987), p. 56.

(11) Mircea Eliade, lo profano y lo sagrado, Madrid, Ed. Guadarrama, 1967, p.70.

(12) Victor Hugo, Op. cit. , (Préface de Léo Larguier, Edition illustrée annotée par Claude Digeon), Paris, Bordas, les Grands Maîtres, 1949, p. 118.

(13) Alejo Carpentier, *El Concierto Barroco*, La Habana, Ed. Arte y literatura, 1975, p. 90.

(14) Arnold Hauser, *Historia social de la literatura y del Arte*, La Habana, Ed. Rev. ,1966, p. 406

(15) Carlos Santander, "El tiempo maravilloso en la obra de Alejo Carpentier", in *Novelistas Hispano-americanos de hoy*, (Edición de Juan Loveluck), Madrid, Taurus, 1984, p. 129 (Serie el escritor y la crítica).

(16) Alejo Carpentier, *Tientos y diferencias*, La Habana, Contemporáneos, 1966, p. 27.

(17) Alejo Carpentier, *Los Pasos Perdidos*, La Habana, Bolsilibros Unión, 1969, pp. 272-273.

(18) Ramón Ramos, "El presente ubicuo: Tiempo y sociedad en una época de crisis, Madrid, *Revista de occidente*, 76 (Sept. 1987), p. 98

(19) *Op.cit*, p. 99